

voción abulense conoció nunca una difusión comparable a la de Nuestra Señora de la Portería.

Las siguientes páginas nos adentran -siempre con un exquisito estilo, que cautiva al lector desde el primer momento- en los avatares sufridos por el convento franciscano en los siglos XIX y XX, la supresión de la comunidad de San Antonio, el abandono del convento, el expolio de sus bienes y la expulsión de los religiosos, consecuencias del proceso desamortizador decimonónico; pero también asistimos a su ulterior refundación, a finales del siglo, a sus mejoras y a su gran labor social, que se centra ahora en las actividades culturales y, especialmente, aquellas destinadas a los jóvenes. Nuevas señas de identidad para un antiguo convento que, a mediados del siglo actual, despliega sus mejores dotes de creatividad y dinamismo; reconstruido su centro de estudios, desenvolverá una labor de animación social de profundo arraigo en la sociedad abulense. Su adaptación a los tiempos queda patente con la importancia que los franciscanos conceden en este tiempo a la espiritualidad popular, de la que son entusiastas y convencidos promotores. Con la edificación de un nuevo convento, en 1977, San Antonio inicia una nueva etapa histórica no menos trascendental que la de los tiempos modernos. La creación de la Parroquia abrió nuevas perspectivas y posibilidades en la actividad pastoral de los religiosos y facilitó su inserción diocesana. Una selección de material gráfico correspondiente a la exposición histórico-artística que, bajo el epígrafe *Portera del cielo-guardiana del convento*, conmemorase el Centenario de la refundación del convento de San Antonio y su incorporación a la Provincia franciscana de Castilla, completa el exhaustivo estudio.

Quiero destacar, desde estas líneas, el enorme esfuerzo del autor por recuperar las señas de identidad de uno de los conventos de mayor irradiación religiosa del franciscanismo español. La metodología, impecable, resucita todos los documentos históricos con un exquisito respeto y una gran entrega a la verdad histórica. Combinando el rigor científico y la escrupulosa fidelidad a la documentación, abundante y profusa, rescatada de los archivos, y, con un método sencillo a la vez que admirable, este trabajo tiene la virtualidad de contagiar al lector, aun sin proponérselo, de la sencillez, a la vez humana y sobrenatural, del espíritu de San Francisco de Asís, presente en todas y cada una de sus páginas.

María Elisa MARTÍNEZ VEGA

BERNARD LEWIS: *El Oriente Próximo. Dos mil años de historia*, Barcelona, Critica, 1996, 434 páginas.

El estudio de los países extraeuropeos apenas si ocupa un espacio marginal dentro de los programas de Historia Universal Moderna de los diversos depar-

tamentos universitarios españoles. Y, por supuesto, apenas si existe alguna asignatura específica dedicada a Historia de Asia o a Historia de África, en paralelo con la Historia de la América española en la época colonial que, aun arrinconada por los nuevos planes de estudios, todavía ha conseguido garantizarse una presencia significativa. Por otra parte, cuando dichos países aparecen en los programas y consiguen abrirse un hueco en las explicaciones de los profesores, la exposición suele estar condicionada por los contactos mantenidos con los visitantes europeos, convirtiéndose en un apéndice de la expansión militar, política, comercial, cultural o religiosa de los estados del Viejo Mundo. Aunque sólo en contadas ocasiones, alguno de estos países desempeña el rol contrario de invadir los territorios europeos, como es el caso de la Turquía otomana, pero tampoco así la situación experimenta una variación sensible, pues ahora se explica la arremetida militar del enemigo precedida de una breve introducción sobre las bazas que la hicieron posible (la exigencia de la *vihad*, el gobierno centralizado, la próspera hacienda y el ejército de jenízaros), todo ello contemplado desde el lado europeo, es decir, prescindiendo de la visión del otro (de donde el éxito del novelista libanés Amin Maalouf al proponer al público cristiano y occidental la visión de las Cruzadas desde el lado musulmán).

Pues bien, parece llegada la hora de que la enseñanza universitaria española introduzca como norma necesaria el conocimiento de la historia de los países extraeuropeos como una *realidad sustantiva*, que no depende para su existencia del mantenimiento de ningún tipo de contacto con los estados europeos, que no está subordinada al posible efecto ejercido sobre el Viejo Mundo. Y esta exigencia adquiere mayor valor si cabe para la Historia Moderna, un momento privilegiado, de gran densidad histórica, en que, mientras los países africanos se desarticulan progresivamente por la incidencia de la trata esclavista, los países asiáticos se fundamentan en una economía próspera y bien organizada, constituyen estados centralizados y absolutistas, hacen frente al reto de los visitantes europeos (soldados, mercaderes, misioneros) y protagonizan un florecimiento cultural que forma hoy parte del patrimonio de la humanidad. Y aún así, ésta sería una primera fase, antes de pasar de la enseñanza a la investigación, hasta ahora reducida por tradición al ámbito del mundo árabe, pero que deberá incorporar todos los demás espacios hasta el Extremo Oriente.

De ahí la utilidad de la traducción española del espléndido libro de Bernard Lewis, reputado orientalista y actualmente profesor emérito de Estudios del Oriente Próximo en la prestigiosa universidad estadounidense de Princeton, autor de numerosas monografías que le permiten desde su autoridad de consagrado especialista en la materia ofrecernos una panorámica sobre aquel espacio a lo largo de un dilatado ámbito cronológico que, abandonando los tiempos más remotos (desde la prehistoria hasta la aparición del Imperio Romano), arranca en el comienzo de la era cristiana (o era vulgar) para llegar hasta la guerra del Golfo.

El Oriente Próximo es, en efecto, una encrucijada de civilizaciones que ha tenido un papel determinante en el transcurso de la historia desde la revolución neolítica hasta nuestros días. Bernard Lewis dibuja, a partir de esa constatación, un ambicioso fresco que, tras una breve introducción (dividida en dos partes: antes del cristianismo y antes del islam), se ocupa detenidamente de la historia del ascenso y consolidación de los estados musulmanes, abordando todos los puntos de vista (el estado, la economía, la sociedad, la religión y la cultura), antes de plantearse en una sección final el reto que ha de asumir una civilización en decadencia desde principios del siglo XIX hasta nuestros días, tras un proceso en que, con sus propias palabras, «la cultura pobre, parroquial y monocroma de la Europa cristiana avanzó y fue fortaleciéndose cada vez más, mientras que la civilización islámica del Oriente Próximo fue víctima de una pérdida de creatividad, de energía y de fuerza». Una mención especial ha de hacerse a las características de la edición, que reduce al mínimo las referencias bibliográficas, pero en cambio suministra una cronología elemental, una buena colección de mapas, un espléndido índice alfabético y una nutrida serie de láminas perfectamente adaptadas al texto y enriquecidas con magníficos comentarios, en plena concordancia con el habitual buen hacer de Editorial Crítica.

Desde el punto de vista que nos interesa, desde el punto de vista del historiador modernista, resulta esencial la lectura del capítulo dedicado a «los imperios de la pólvora» (esencialmente, los imperios otomano y safawí, con sus dependencias, es decir, Siria, Mesopotamia, Arabia, Egipto y buena parte del Magreb, así como de todas las secciones donde se abordan las soluciones dadas por estos estados a la organización política, económica, social y religiosa y a las características de su creación cultural.

Pues bien, este mundo aparece definido en sus coordenadas básicas y en sus divisorias esenciales, con la mirada puesta en su evolución endógena, procediendo desde el interior hacia el exterior. Y ello no sólo a la hora de abordar las estructuras de las formaciones imperiales, sino también en el momento de dar cuenta de la evolución individualizada de los territorios que las constituyen y que dentro de ellas conservan su personalidad, naturalmente sus componentes étnicos singulares, a veces instituciones peculiares, siempre tradiciones originales y en ocasiones confesiones diversas dentro de la casa común musulmana o incluso religiones distintas que desafían la expansión del islam. En resumen, se tiene presente de manera constante el hecho básico de que debajo de las superestructuras imperiales, dentro de esas monarquías compuestas, conviven una serie de sociedades diversas, que en muchos casos son a su vez multirraciales, multilingüísticas y multicofesionales.

Esta divisoria se manifiesta en el terreno de la religión a través de la presión para la islamización de las poblaciones cristianas o a través del enfrentamiento entre el sunnismo y el shiismo, no sólo con la guerra declarada entre ambos imperios (los otomanos sunníes frente a los safawíes shiíes), sino también en el plano interior con la persecución de los disidentes (miles de millones en el

imperio persa y cientos de miles en el imperio otomano, que ha de hacer incluso frente a una considerable revuelta en Anatolia en 1511). Y lo mismo puede decirse de la lengua, pues no sólo al árabe se suman el persa y el turco, sino que paradójicamente, como subraya con ironía el autor refiriéndose a Selim I y a Ismail, «el sultán utilizaba el persa, la lengua urbana de los caballeros cultivados, mientras que el shah escribía a su rival en turco, la lengua rural propia de sus orígenes tribales».

Del mismo modo, el análisis de la política exterior de ambos imperios no puede limitarse a la expansión sobre sus vecinos, sino que ha de atender también la inflexión de la coyuntura, que motiva un permanente estado de defensa frente a sus enemigos, occidentales en el caso de Turquía (que retrocede sin cesar en sus territorios europeos y norteafricanos desde la segunda mitad del siglo XVII) y orientales en el caso de Persia (que ha de hacer frente a la constante amenaza de los afganos y los uzbekos y que pese a sentirse en algún momento capaz de atacar la India del Gran Mogol acaba sucumbiendo poco después ante la acometida de los turcos qayares). Y, sobre todo, ha de ocuparse del permanente conflicto en su frontera común, donde se eterniza la disputa por el dominio de territorios tan importantes como Mesopotamia o se desata la guerra de propaganda por la primacía de los respectivos credos, aunque aquí los otomanos acaban por hacerse con el control de Arabia y sus ciudades santas de Medina y La Meca, nombres emblemáticos con un valor emocional añadido.

En suma, no podemos sino saludar la aparición de un libro que, aunque sólo brinda un nivel de información muy poco por encima de un mero manual universitario, presenta la enorme ventaja de primera óptica inusual dentro de nuestras aulas de rehuir toda tentación eurocéntrica, de mostrarnos las sociedades del Oriente Próximo desde dentro, de relatarnos su historia de modo sustantivo y no subordinado. Necesitaríamos obras semejantes para otros ámbitos asiáticos y africanos, para no vernos obligados la mayor parte de las veces a ofrecer bibliografía en otras lenguas (fundamentalmente inglesa y francesa) que sin duda limitan el acercamiento del público estudiantil. En este sentido, baste decir que aparte de la gran síntesis de Jacques Gernet sobre el mundo chino (también traducida y publicada de manera ejemplar por Editorial Crítica) no disponemos de textos similares que permitan, como en este caso, adentrarnos en el pasado de otras sociedades para captar su vida y la percepción que tenían de su propia vida al margen de la mirada del visitante europeo.

Carlos MARTÍNEZ SHAW